

• LAS HORAS PREVIAS •

—¡General, tiene visita!

Se incorporó despacio del catre, y abrochándose la vieja guerrera fue levantándose poco a poco. El frío del penal había hecho mella sobre su vieja lesión rotuliana, y le costaba trabajo comenzar la marcha. Caminó tras el funcionario hasta una lóbrega sala, que tenía el eufemismo de llamarse «sala de visitas»; locutorio, para entendernos. Allí, detrás de la reja, estaba pálido y ojeroso su yerno, Francisco Carbó.

—¿Me traes noticias? —dijo impaciente el general.

—Sí, Domingo —haciendo una pausa intentando contener la emoción prosiguió—: Y no son buenas...

—No esperaba gran cosa, querido hijo, ¡Resignación! Son malos tiempos.

—Muy malos, pero no pierdas la esperanza...

—Ni la fe, ni la fe, esto es lo que más necesito.

—Sé que se han interesado Mola, Queipo y Cabanellas. Don Miguel está muy afectado pensando que te pueda pasar algo; es tan republicano como tú y no entiende tanto rencor, tanta saña...

—Hay una guerra, Francisco; y en las guerras, y más si son civiles, hay crueldad. Lo viví en Cuba: entre gentes que pudieran haber sido amigos, sin la menor duda, por aficiones, creencias o costumbres, se fusilaban o ahorcaban sin el menor miramiento. ¡La guerra, Paco, la guerra!

—Pero son tus compañeros...

—Sí, pero también lo era Gonzalo...

—¿González de Lara?

—Sí; dicen que debí impedir su detención, y ahora nadie sabe la suerte que habrá corrido⁽¹⁾.

—Pues estará como tú, o...

—O quizá peor, si eso es posible. ¡Te juro, Paco, que le protegí con la Guardia Civil, pero el gobernador me la jugó...!

—¡Los políticos! Ya se sabe.

—Pues al gobernador le fusilaron... creo que al día siguiente; los ánimos en Burgos estaban muy exaltados.

—Es que, Domingo, al Frente Popular, o al menos a alguno de sus dirigentes, no les rige la cabeza.

—¿Lo dices por lo de Calvo Sotelo?⁽²⁾

—Por ejemplo...

—No sé, quizá me equivoqué con mi fidelidad a mi juramento; yo juré defender la República, y eso y no otra cosa hice...

—Pues te han entendido muy mal, porque «ellos» dicen lo mismo, aunque tal como van los vientos no lo parece.

—Hablemos de otra cosa. ¿Qué otras gestiones has hecho?

—Estoy pendiente de ir a Pamplona y poder ver al cardenal.

—¿A Gomá?

—Esa es una carta fuerte: a Gomá, Franco le hará caso, seguro.

—Si consigues su apoyo estoy salvado. Ya sabes, Franco dirá eso tan español de «¡con la Iglesia hemos topado!».

Se hizo un silencio entre esos dos hombres. Ambos sabían que eran vanas ilusiones, pero la esperanza es lo último que se pierde.

Una voz rotunda anunció:

—¡La visita ha terminado!

Habían pasado quince minutos; el tiempo estipulado. Francisco cruzó su mano por la reja y agarró con fuerza el brazo del general; este le miró con la mayor ternura con la que un general de infantería al borde de la muerte puede mirar a un familiar querido.

—¡Dale un beso muy fuerte a mi hija! Dile que estoy bien y tranquilo, y que espero la justicia del de arriba; esta es poca cosa, querido Paco.

Francisco Carbó salió abatido. No obstante, estaba dispuesto a luchar hasta el final por salvar la vida de su querido suegro: era casi un padre para él y se lo había demostrado cientos de veces.

Carbó se entrevistó con Aizpuru, el jefe del Estado Mayor de la División, antes de salir para Pamplona.

—He estado en Salamanca con el general Cabanellas.

—¿Y?

—Pues el general también está preocupado por la vida de Batet.

—¿Preocupado?

—Sí, coronel, preocupado. ¿Le extraña?

—No, no es eso; todos estamos preocupados de alguna manera. Si el general hubiera actuado de otra manera, en vez de preocupados, estaríamos contentos a sus órdenes; nadie duda de su capacidad militar.

—Entonces, no lo entiendo —se atrevió a decir Carbó.

—Pues muy sencillo. Ustedes, los civiles, no quieren entender que la capacidad de un militar, cuando se empeña en permanecer en el bando enemigo, no es una virtud.

Ante el silencio de Carbó, el coronel prosiguió:

—Es una amenaza.

—Pero ahora es un preso...

—Precisamente por eso. Le voy a dar un consejo: ¡váyase de Burgos! Los ánimos están muy caldeados, y su presencia zascandileando no ayuda ni al general, ni a usted mismo. Le daré un pase para que pueda circular por la zona liberada sin problemas.

Cuando salía del edificio se cruzó con el comandante Escofet, hermano de Frederic, con quien tenía cierta amistad.

—¡Váyase, por Dios, aquí le pringarán!

A la mañana siguiente, Carbó dejó Burgos con rumbo a Pamplona. Llevaba dos cartas de recomendación para el cardenal Gomá: una se la habían proporcionado unos jesuitas amigos de la familia, concretamente de María Martínez Larrea, la cuñada de Batet; y la otra era del padre Serapio Leturia, el confesor y única persona con acceso diario al general.

En Pamplona, el secretario de Gomá recibió sin apenas espera a Carbó.

—El cardenal está al corriente y ya ha intercedido por Batet; le consta que es un buen cristiano.

—Estas cartas avalan que lo es.

—No son necesarias. Estamos al corriente, y sabemos lo difícil de su situación; pero el cardenal tiene esperanza. Cree que «el Generalísimo no firmará nunca la pena de muerte de un general laureado».

Con el sentimiento de haber hecho lo posible y lo imposible, Carbó cruzó la frontera y se dirigió a París. Allí le esperaba su mujer, deseosa de saber cuál iba a ser el porvenir de su padre... su oscuro porvenir.

• LOS RECUERDOS •

Domingo y su vocación

La suerte parecía echada; quedaban los recuerdos. Una vida fecunda de amor y servicio a la patria. Pero eso, y en ese momento, no parecía tener el mínimo sentido. Fuera se estaba librando una guerra... pero no una guerra cualquiera: la peor, la fratricida. Hermanos contra hermanos, padres contra hijos. Sentimientos y sangres cruzando su destino. Triste destino. Triste España.

Batet oía las conversaciones de sus carceleros habituales, Saúl y Benito. Ambos le trataban con consideración. Acostumbrados a tener entre rejas hombres de la más ínfima condición social, cartelistas, rufianes, algún que otro homicida, etcétera, el general, independientemente de sus ideas políticas, era todo un personaje. Jamás utilizaron con él el tuteo; y mucho menos apearle de su tratamiento, «Don Domingo», aunque sonara fatal.

Saúl era del pueblo de Talamillo del Eresma; su alcalde, un viejo afiliado a la UGT, había sido fusilado, en un amanecer de los primeros días del follón. Al menos así lo explicaba el funcionario:

—Mira, Benito, estos no se andaban con tonterías. *El* Salustiano era muy bruto, pero muy bruto; pero salvo por sus ideas peculiares sobre el reparto de todas las riquezas, no le había hecho daño a nadie. Entonces lo mataron por precaución.

—¿Por precaución?

—¡Sí, hombre! No fuera que las llevara a la práctica.

—No seas malvado, Saúl, algo más tendrían en su contra.

—Pues aparte de ser un bocazas, poco más...

—Es que en los tiempos que corren, mejor ir con la boca cerrada. Pues las noticias de mi pueblo, que ya sabes está al otro *lao*, ¡espeluznantes!

—¿Espeluznantes?

—Han llegado al barrio varios refugiados de Don Benito, y cuentan y no paran. Dicen que los rojos no dejaron ni cura, ni trateniente con vida. Que cuando entraron los nacionales prendieron fuego a la cárcel para «asar» a los que tenían detenidos.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad!

—Llevan el susto aún en la cara.

—¿Y el odio?

—Pues también.

A Batet le impresionaban estas historias. Él era un apaciguador; su política no había obviamente tenido éxito, pero lo que oía parecía darle la razón. ¿Había hecho todo para que esa guerra cruel nunca ocurriese? No tenía una respuesta. Sería mejor refugiarse en su pasado y olvidar el drama que su país sufría, y que él viviría en primera persona.

—Domingo, hijo, ¿por qué quieres ser militar? Es arriesgado, poco reconocido, y peor pagado.

Era la voz de su padre, don Domingo, que no podía entender que su heredero, en vez de seguir con su próspero negocio de la *fusta*⁽³⁾, se fuera a la aventura militar.

En la clase de esa mañana, don Eulogio, profesor de Historia y liberal refutado, les había contado las hazañas de Prim. Un catalán y un español que pudo haber cambiado la triste historia de este país. Cuando don Eulogio rememoraba a Castillejos, la sangre se le subía a la cabeza, sus yugulares ingurgitadas estaban a punto de explotar:

—«Entonces, con un gesto de rabia y coraje, calándose el ros y blandiendo el sable, arengó a sus catalanes, que cubiertos con la sagrada barratina cargaron contra el moro, que pronto huía desparovido ante la furia de estos nuevos almogávares».

Todos aquellos jóvenes alumnos enmudecían de emoción: se veían cargando contra el moro y defendiendo con ardor el pabellón español. Domingo seguía con atención la narración de don Eulogio, pero no dijo nada. De vuelta a casa, acompañado con sus inseparables Jaume, Antón y Jordi, dijo de forma solemne:

—¡Seré como Prim!

—¿General? —preguntó Jaume.

—Eso no sé; militar, seguro

—Pero Domingo, tu padre no te dejará; el negocio familiar, ya sabes...

—Me dejará, ya verás.

Domingo, con casi doce años, estaba dispuesto a comerse el mundo, como ese de Reus a quien don Eulogio ponía por las nubes.

—Pues no es por jorobar —intervino Antón—, pero como general me agrada más Cabrera.

—Cómo se notan tus orígenes carlistas, truhan —le contestó Jordi, mudo ante la definición tan militar de sus amigos y compañeros.

—No es por eso, ni por mis orígenes, sino porque era mejor estrategia...

—Y por la boina y toda la tramoya, ¡menudo carlista que estás tú hecho!

—No voy a discutir contigo, Jordi. Este será Prim, al tiempo; y nosotros a las fornituras, ya verás.

La conversación fue por otros derroteros. Se acercaba la época de exámenes, y los deberes de Matemáticas centraban toda la atención del grupo.

—¿Está mi padre?

—Sí, hijo, en su despacho, creo que muy ocupado —le dijo Mariano, el maestro de taller de la calle Torres Jordi, donde Batet padre tenía su negocio.

Extrañado por lo inusual de esa visita, don Domingo interrogó a su hijo:

—¿Estás bien? ¿No te ha pasado nada? ¿No te sirve mamá?

—Creo que no.

—¡Pasa, hijo! Estoy terminando unos envíos, pero pasa. ¿Qué tal el colegio?⁽⁴⁾

Domingo había llamado a la puerta y apenas se atrevía a interrumpir.

—El colegio muy bien, pero tengo un asunto de vital importancia. ¡Quiero ser militar!

—¡Vaya, don Eulogio ya os ha contado las hazañas de Prim! —dijo su padre, sonriendo⁽⁵⁾.

Aún hoy, Batet conservaba la cara de guasa de su padre ante tan sorpresiva declaración.

—Mira, hijo, no tengo nada contra la profesión militar, salvo que es arriesgada, se gana poco y no siempre está bien considerada; y además nosotros somos de la *fusta*. Tú te has criado entre maderas, talleres y barcos, y ese es y debe ser tu medio de vida. Yo no seré eterno, y tus hermanos y tú heredaréis el negocio, y si es posible lo haréis más importante, para eso os educamos.

—Sí, padre. Mis hermanos podrán hacerlo que usted dice; pero yo seré militar, se lo ruego.

—Ahora debes terminar el curso, y más adelante ya hablaremos. ¿No te ha contado don Eulogio cómo terminó Prim?

—Sí, padre: le mataron en la calle del Turco, unos renegados, el *franchute* Montpensier y la «banda de la porra».

—¿Y sabes por qué?

—No sé, padre.

—Pues por meterse a redentor. Y es que España es un país maravilloso, pero no tiene remedio...⁽⁶⁾

«No tiene remedio, no tiene remedio». Batet paseaba por un corredor frío y oscuro. España, como decía su padre, «no tiene remedio».

Toledo: un cadete muy formal

Llevaba casi todo el día paseando por Toledo. Su hijo Domingo se examinaba esa tarde de junio de 1887 para cadete. Estaba muy nervioso, tanto que apenas había podido saborear la belleza de la Ciudad Imperial. Su hijo, antes de entrar al examen, le tranquilizó:

—La gimnasia muy bien, lo haré todo a la perfección. La Lengua y la Historia también.

—¿Y las ciencias, Domingo? ¿Las Matemáticas?

—No te apures, padre; saldré bien y seré militar...⁽⁷⁾

Era casi media tarde cuando, sentado en un café en Zocodover, vio la figura de su hijo que corría hacia él.

—¿Lo ves, padre? ¡Ya soy cadete!⁽⁸⁾

Y ambos se fundieron en un abrazo.

Batet recordaba cómo a su padre le corrió una lágrima de emoción al ver que su hijo empezaba a cumplir un sueño; pero también de

temor por el futuro incierto que ofrece el servicio de las armas. En ese tiempo, y en todos los tiempos.

Los años de Toledo fueron para Batet los años más felices. Mezclado con otros cadetes de todos los lugares de España, empezó a comprender la diversidad y los diferentes caracteres, según las procedencias. Batet sonreía ante el *modus vivendi* de algunos andaluces y el desparpajo de cadetes veteranos, como Primo de Rivera. Miguel, popular entre sus compañeros, no perdió al parecer ese modo de ser, ni cuando dirigió un golpe de Estado y una Dictadura⁽⁹⁾.

También le impresionó la seriedad de los castellanos, secos, pero fieles siempre a la palabra dada. Todos tenían un gran espíritu. La patria estaba por encima de todo; y ese espíritu de servicio y de disciplina marcó a Batet de por vida. Al recordarlo, siempre decía que su alma catalana se había forjado en Toledo al servicio de España.

Recordar Toledo, la Academia y a sus compañeros era desde la cárcel un viaje en el tiempo que le evadía de esa pesadilla que no creía estar viviendo.

¿Qué sería de todos ellos? Recordaba a sus paisanos Llovet y Albiol, al castellano Páez o al levantino Navarro. ¿Dónde estarían? ¿En qué lado? Algunos, como Páez, sin contacto desde Cuba. ¿Seguirían vivos? Muchos se habrían jubilado por la ley de Azaña⁽¹⁰⁾.

Otros estarían quizá muertos, o presos como él, con un cruel destino. Qué lejos quedaban aquellos relajados paseos por el centro de Toledo, luciendo sus vistosos uniformes y presumiendo de sus pocos años.

—¡Vamos, Domingo! Las Matemáticas déjalas para mañana. Hoy toca paseo, y luego baile en el Casino, ¡y de gala!

—Déjate de monsergas, Llovet. Hoy toca estudiar, no quiero ser *perdigón*⁽¹¹⁾, ¡no me lo perdonaría!